

~es preciso que se
haga por los hombres
algo más que
amarlos~



P
A
C
O

ESPINOLA

W-0811-165

PACO ESPINOLA EL HOMBRE Y EL ESCRITOR

INTRODUCCION

Francisco Espínola, ha sido figura de singular importancia en los últimos 40 años de la narrativa uruguaya.

Nació en San José en octubre de 1901 y murió en Montevideo el mismo día que un decreto del Presidente Bordaberry disolvía las Cámaras: el 27 de junio de 1973.

Francisco ("Paco", como todos le conocerán) hizo escuela y liceo en San José, pero después se trasladó a Montevideo para estudiar medicina. En Montevideo escribió los nueve cuentos de su libro inicial RAZA CIEGA, que publicó en 1926. En ese libro, dice un crítico, "conjugaba la visión trágica de la vida campesina con un fondo humano de piedad y bondad, en historias escritas con cuidadoso sentido del estilo pero casi siempre resueltas en finales tremendistas". Fue un libro muy bien recibido que llamó poderosamente la atención sobre el joven maragato. Poco después éste abandonó los estudios y regresó a San José.

De acuerdo a lo que se sabe, Paco, inveteradamente noctámbulo, vivía sus noches en los boliches y peringudines del Bajo de su pueblo, en fraternal convivencia —no inocente de vasos de caña— con los seres que encontraba en ellos y que luego pasarían a las páginas de su novela fundamental, SOMBRAS SOBRE LA TIERRA. En 1930 publicó SALTONCITO, un relato para niños, y en 1933 la nombrada gran novela, que lanzó su nombre a una fama muy vasta. Casi en seguida pasó a residir definitivamente en Montevideo, donde se ganó la vida como periodista.

SOMBRAS SOBRE LA TIERRA —que ya es costumbre llamar simplemente SOMBRAS— es una novela rica y compleja cuyo análisis no corresponde intentar aquí. Basta decir que no es difícil rastrear en ella muchos de los elementos que, desarrollándose en el tiempo y bajo las compulsiones de la vida en una conciencia alerta, llevarían a Paco, décadas después a evolucionar en sus posiciones políticas.

SOMBRAS, novela de ambiente prostibulario y habitada en gran número de sus páginas por un pobrío que muchos llamaron chusmaje, produjo escándalo y provocó reacciones de todo tipo. Hubo elogios a veces exagerados y también durísimas condenas. Los escritores jóvenes empezaron a mirar a Paco como un maestro...

A principios de 1935 el maestro dio otra lección: salió con las armas en la mano a pelar en la llamada *Revolución de enero*, alzamiento fallido contra la dictadura de abierta inspiración fascista de aquel triste Gabriel Terra. Participó en el combate de Paso de Morlán y fue hecho prisionero y estuvo detenido durante unos días en el cuartel de Colonia. De esa aventura bélica nos queda una muy linda carta escrita en dicho cuartel y dirigida a don Carlos Vaz Ferreira.

En 1937 estrenó y publicó LA FUGA EN EL ESPEJO, obra teatral que llamó drama-pantomima y que no obtuvo el éxito esperado. En el 39 comenzó a desempeñarse como profesor de composición literaria en la Facultad de Humanidades y Ciencias; en el 48 viajó a Europa, invitado por el gobierno polaco para asistir al *Congreso por la Paz* que se celebró en Breslau.

En 1950 publicó su quinto libro EL RAPTO Y OTROS CUENTOS, que contenía sólo cuatro cuentos. Estos cuatro se suman a los nueve del primer libro y, más tres agregados posteriormente, totalizan los dieciseis que circulan hoy con el título de CUENTOS COMPLETOS. En este volumen figura una pieza titulada *Las ratas* que no es propiamente un cuento sino una admirable página de memorias; por ser como una incursión en profundidad en el alma de Paco y asimismo la única página de memorias que escribió, hemos resuelto reproducirla también aquí.

En el 54 publicó MILÓN O EL SER DEL CIRCO, un ensayo sobre estética escrito en forma de diálogo. En el 58 viajó por segunda vez a Europa, como integrante de la delegación uruguaya a una conferencia de la UNESCO.

Finalmente en el 68 publicó fragmentos de Don Juan el Zorro, obra en la que trabajó durante toda su vida.

Su publicación ahora —a 11 años de la muerte del maestro— se transforma en un justo homenaje al hombre y al escritor.

Teniendo colgadas en la pared las lanzas de los abuelos y sabiendo que hay en la casa un arcón casi sagrado que guarda viejas divisas, cuando se ha aprendido desde muy niño a venerar el carisma sin pensamiento de Aparicio Saravia, cuando se ha tenido un padre que volvió con dos balazos de la derrota de Masoller.

Recordamos a Paco en el local central del F.I.D.E.L., en 18 de Julio y Médanos; lo recordamos serio, fraternal, tranquilo... y más de una vez, cosa rara en el gran conversador, mirando y escuchando en un cuidado silencio. Lo recordamos así y nos decimos que es posible que ya supiéramos de algún modo lo que él, todavía no tenía claro: que iba a terminar incorporándose al Partido Comunista.

Y así fue: exactamente 22 meses antes de su muerte Paco ingresó a nuestro Partido. Se ha dicho que Paco se hizo comunista sin dejar de ser blanco, se ha dicho que fue un comunista - cristiano o un cristiano comunizado, se ha dicho que su marxismo fue infantil y errátil, se ha dicho que su actitud vino a confirmar aquello de que en última instancia el comunismo es un cristianismo musculoso, se han dicho, incluso, cosas francamente malintencionadas. No es ahora ni es éste el lugar de considerar y discutir esos decires, sino de dejar la palabra al propio Paco. En noviembre del 71 un crítico le realizó un extenso reportaje que se publicó en MARCHA; al final de la charla le preguntó qué lo había conducido al comunismo sin contradecir la raigambre cristiana de su formación. Paco contestó:

—Por lo que hemos ido conversando ya habrás tú percibido lo fatal de mi incorporación al Partido Comunista. Esa incitación a amar de que fui objeto desde mi cuna; el ambiente de solidaridad humana que rodeó mi infancia y mi adolescencia; el cristianismo tan acendrado e inocente de la casa de mi abuelo materno y el de mi madre —mi padre, viejo masón, permitió que me bautizaran, que me confirmaran, que me enviaran a las clases de Doctrina—, fueron constituyendo en mí, a pesar de todas mis imperfecciones, mi personalidad adulta. En ciertos trances de los que tocan en lo profundo del corazón —de esos que son los de la época en que escribí SOMBRAS SOBRE LA TIERRA—, yo me volvía todo una necesidad de amar y ser amado. Aunque, creo que ya te lo dije, en esa novela escribí: “Es preciso que se haga por los hombres algo más que amarlos”, yo permanecí como atado de pies y manos a la tradición de mis mayores y a lo que aprendí, repitiendo las palabras de mi madre, quien me hacía fijar en mi virgen memoria trozos del cancionero heroico del Partido Blanco, cuando su esposo, mi padre, estaba sirviéndolo en la guerra, de la que volvió con las cicatrices de dos balazos... Fue después, con los años; después, aún, de que yo también sirviera a la tradición familiar con armas en la mano, que me di cuenta de que en modo alguno yo estaba cumpliendo con los demás.

Los tiempos habían cambiado ¡vaya si cambiaron! pero no la dirección del Partido. A tal punto que, de pronto, a veces, yo me sorprendía sigilosamente contento de que mis mayores y los jefes de mis mayores hubieran muerto; salvados así de ver lo que yo veía. Con las entrañas desgarradas —hasta qué punto sólo Dios lo sabe— me afilié al Frente Izquierda de Liberación. Para recibir en el alma una paz que me mueve siempre a gratitud por él. Después, después, al tiempo en que ahincaba un poco en el marxismo-leninismo, fui midiendo toda la iniquidad que se arrojaba contra los comunistas. Y de mis meditaciones, y de mi naturaleza cristiana, surgió el impulso que me llevó a ser yo también comunista; y a que de mí también se dijera que soy agente de odios sociales, que soy también vendepatria.

Su afiliación, un
signo de nuestro tiempo.

Solamente 22 meses, repetimos, separaron el día de la afiliación de Paco del día de su muerte. Estamos seguros que durante ellos Paco, como todos los comunistas de todos los países, pudo suscribir reiteradamente los dos versos con que Neruda finaliza el poema A MI PARTIDO:

*Me has hecho ver la claridad del mundo y la posibilidad
de la alegría.*

*Me has hecho indestructible porque contigo no termino
en mí mismo.*

La incorporación de Paco Espínola al Partido Comunista se celebró en la vieja Casa del Partido de la calle Sierra, la noche del 27 de agosto de 1971. Fue un acto emotivo y con una muy numerosa concurrencia. Hablaron el escultor Armando González, para ofrecer el homenaje, y luego Rubén Yacovski, Alfredo Gravina, Guillermo García Moyano y Rodney Arismendi. Finalmente Paco cerró el acto con un discurso que ya calificamos, sin exagerar nada, de hermosísimo.

El querido compañero García Moyano (hoy muerto), viejo comunista y viejo amigo de Paco, y María Mercedes Espínola —hija de Paco, militante de la U.J.C., hoy en la cárcel de la dictadura— fueron los firmantes de la ficha de afiliación. Arismendi, Primer Secretario del Comité Central, fue quien entregó a Paco el carné del Partido.

García Moyano comenzó diciendo: “Hoy es día de fiesta política para nuestro Partido, para los que conocemos de cerca y lo queremos a Espínola, para los cuadros de la cultura auténtica. ¡Paco Espínola se ha hecho comunista! Y agregó más adelante: “Paco me decía hace unas pocas semanas, cuando ya tenía decidida su afiliación, que su deseo era incorporarse al Partido calladamente, sencillamente, como se hace comunista un obrero cualquiera. No ha podido ser así, porque era demasiado trascendente —con trascendencia política— la incorporación de uno de los más grandes valores de la literatura y de la

cultura nacional. Era lógico que se hiciera pública su afiliación y que se organizara una fiesta política como la de esta noche". Y terminó: "El comunista Francisco Espínola verá ahora de cerca y con más luz a Marx y a Lenin. Respirará el aire limpio de nuestra democracia interna, sabrá por sí mismo lo que es el Partido por dentro. Sentirá la alegría de saberse comunista. Encontrará en todos los compañeros, para emplear una expresión suya, "un afecto duramente fraternal — ¡Salud, camarada Espínola!".

Arismendi empezó diciendo que veía la incorporación de Paco, "gran intelectual, narrador excepcional, hombre todo humanidad y expresión", como un signo de nuestro tiempo, de esta hora de revolución mundial en que los mejores intelectuales ingresan a las filas del proletariado. Paco llega al Partido, dijo, en la hora del Frente Amplio, la hora más hermosa. "Paco se define —agregó textualmente— cuando lo característico del proceso uruguayo es, antes que nada, el hecho de que la clase obrera unida, organizada, combatiente, ya no es una clase en sí sino una clase para sí, de acuerdo a la conocida frase de Marx", y ha encontrado el camino de la unidad con las grandes capas del pueblo.

Dijo después Arismendi que el Partido que incorpora a Paco ofrece una teoría revolucionaria y un método capaces "de incorporar a la mayoría del pueblo al destino de la clase obrera y a la lucha liberadora"; y también firmeza frente al enemigo, inquebrantable voluntad de derribar el viejo mundo... disciplina, organización... aún para hombres como Paco y otros como él, "el destacado grupo de intelectuales y artistas que hoy están en nuestro partido o participan con nosotros de la concepción de la revolución uruguaya y latinoamericana y de la voluntad de contribuir a la revolución socialista mundial".

Sobre el nuevo papel del intelectual expresó que este tiempo "ubica al intelectual en un papel más grande que el sendo-papel concientizador de la clase obrera y del pueblo, para darle una participación efectiva... un destino mucho más glorioso... la gloria de ser un soldado de la clase que terminará con la opresión del hombre por el hombre para siempre, y la única que puede hacerlo en última instancia, aunque tantas otras combatan y marchen con la clase obrera hacia su destino redentor".

Después de otras consideraciones que sería demasiado largo transcribir, después de aludir a la miseria mental de los enemigos del pueblo, al drama que debe haber sido para Paco abandonar la tradición de sus mayores, a Paco como combatiente que en su momento no vaciló en salir armas en mano y pelear en Paso de Morlán, y la necesidad de combatir en esta hora de nuestro país y de Latinoamérica, etc., afirmó que el Partido recibía a Paco con los brazos abiertos e insistió sobre la proyección política e intelectual de su incorporación. Y terminó:

"Permítanme, compañeros, en nombre del Comité Central del Partido, entregar al camarada Paco Espínola este carné tan importante para nosotros".

EL DISCURSO DE PACO

Yo agradezco este enfrentarme a concurrencia sorpresivamente tan numerosa, en la que, para acentuar más la honra y hacerla más inmerecida, distingo a tantos, tantos integrantes de otros partidos políticos. Yo sumo a esto mi gratitud por las palabras de los nuevos compañeros, testimonio generoso de que los comunistas uruguayos me reconocen como uno de los suyos. Y atento a que la mayoría de los auditores es más joven que yo, debo decir que viene de décadas mi amistad estrecha con militantes del Partido; estrecha porque se trabó en luchas por cierto no siempre fáciles: por Sandino, contra la dictadura del año 33, a favor de la República Española, contra el fascismo y el nazismo posterior, contra el anti-semitismo, por la causa aliada en la Segunda Guerra Mundial, contra la invasión de Guatemala y después, claro está, hasta estos días, en defensa de la Cuba Socialista y del heroico pueblo de Viet Nam.

Durante tan dilatado lapso, a cada ocasión, se constituyó con naturalidad un espontáneo frente sin exclusiones, que bien pudo suponerse interesados egoístamente, porque los comunistas, en todo, de inmediato hacíanse imprescindibles. Nadie más fervoroso, nadie más diligente, mejor dispuesto a cumplir, a la vez que los más modestos desempeños, aquellos difíciles y hasta riesgosos que, debido a su peculiaridad, necesariamente permanecen desconocidos y privados, por ende, de atraer la estimación colectiva. Con comunistas yo tuve que sufrir los efectos de las primeras bombas de gases de caballería, como la que llegó a profanar el féretro en brazos del pueblo de Julio César Grauert. Al principio mi admiración se proyectó sólo en particular; sobre personas, sólo. Después, conmovido, fui comprendiendo que mis ocasionales compañeros comunistas, naturalmente de temperamento, de condición social, económica, cultural tan diferentes entre sí, se comportaban en todas las circunstancias con idéntica ejemplaridad. Y ya para siempre mantuve una actitud de profundo respeto por un Partido cuya ideología, contrariara lo que contrariara principios políticos alentados en mí desde la cuna con los cantos de mi madre y ante las divisas de guerra de mis mayores —muchas, muchas hasta la de Carpintería—, conseguía sostener así, con semejante unidad colaboradora, tan compleja, dura militancia.

Más tarde, en nuestro F.I.D.E.L. precursor, el vínculo con militantes de toda condición me permitió, a la vez con asombro y enternecido, verificar el grado y la naturaleza de la atención comunista al pasado nacional; atención, desde el

Francisco Pintos de la Vieja Guardia, esclarecida por la luz, inexorable luz, del materialismo histórico. Y dije con asombro enternecido al justipreciar, por ejemplo, en sus realmente denodados especialistas en nuestra historia, cuánto tiempo, cuántos desvelos, cuánta vigilante paciencia entregados a papeles sepultados en el polvo de los archivos de todo el país, con el propósito de presentar sus testimonios a sus parciales, a los historiadores, al profesorado de la República, y muy, muy preferentemente a esas candorosas, pero no estultas; calladas, pero no mudas; aún en parte pacientes, pero no cobardes muchedumbres orientales.

Así, es gratitud nacional la que merece su decisiva contribución a enterarnos para siempre, para siempre y ya sin posibilidades de sórdida ocultación, por qué y cómo el vencedor de Las Piedras, el general cuyo encomio escuchamos entre charangas desde que éramos niños, es el silenciado estadista vencido por la reacción en su contra de 1830.

**Yo quiero amar a mi patria
sin tener que, por eso,
dejar de amar a la justicia**

Advertí asimismo en ustedes, desde hoy mis camaradas comunistas, los resultados de lo único que da sentido moral a la cultura y por lo tanto la hace más que de ineludible necesidad, la hace deber imperioso: que el yo, naturalmente egocéntrico, predispuerto a reducirse cada vez más a sus propios límites, aprenda (hay que aprenderlo, y muy arduamente cuando no se ha nacido signado por la santidad o por el heroísmo), aprenda el yo, repito, a subordinarse a fin de que, con tal disposición del ánimo, tienda a parecerse a los otros, logrando que su propio interés vaya siendo cada vez más el interés ajeno, y luche por éste, luego, igual que si obedeciese al mismísimo ardiente reclamo de su carne y de sus huesos.

Aunque me llega al hombra de las palabras muy directamente asociado, yo sé bien que lo que voy a decir es, por su condición, y para orgullo del comunismo uruguayo, un lugar común en la memoria de este auditorio. Pero ardiendo en deseos de sacar de la soledad inconducente de mi corazón el homenaje que él sigue rindiendo desde hace días a ciertos anónimos seres maravillosos, déjenme ustedes evocar en voz alta la confianza de una chica de la U.J.C., encargada ella por primera vez de requerir su aporte mensual a los camaradas de La Teja. A uno de los hogares comunistas se dirigió con punzante asombro, pues su contribución al Partido, aún para la modesta barriada, era insólita por lo pequeña: 150, apenas 150 pesos por mes. Y al llegar se encontró con un cuadro tal de pobreza, con tal falta de lo más imprescindible, que sintió ganas de pedir perdón por su propia inferioridad, tan desnudamente revelada; en amar al Partido.

Frente a las continuas, aviesas interrogantes en la prensa, en la radio, en la televisión, en las tribunas sobre la procedencia del ingente caudal que insume el Partido; ante las acusaciones directas de que "viene de Moscú", he comprobado siempre que ustedes ni siquiera acusan desdén. Pero yo, midiendo que sólo

hasta 1904, y desde 1811, se han hecho tantos sacrificios por un ideal social; yo, camaradas, no puedo menos que sentir ganas de llorar a gritos las lágrimas más de junto a la sangre. ¡Ya ven que me va a costar ser un buen comunista!

Albert Camus, durante la última gran guerra, escribió reprochadoramente a un ex-amigo nazi que reconocía serlo porque su país, Alemania, lo era: “Yo quiero amar a mi patria sin tener que, por eso, dejar de amar a la justicia”. Yo también, camaradas, así lo quiero para mí. Y por eso vengo a ustedes. Porque es espantoso amar a un Uruguay poblado de seres en la miseria, golpeado por la prepotencia, de arriba abajo cruzado por la iniquidad. Y sé que el Comunismo tiene por finalidad que en la redondez del globo la misma palpación abarque en un solo haz a la justicia y a las patrias todas. En nada podré prestarles colaboración, seguramente, compañeros. Pero, al menos, que tanto candidato presidencial, que tanto prócer, que tanto amanuense acentúen la mancha sobre su nombre aplicándome también a mí los dicitos de fomentador de odios, de desafecto a las tradiciones nacionales, de sustentador de ideas foráneas... que a mí también, como a todos ustedes, se me acuse de vendepatria.

Paco y la juventud

Pero además de estos para mí poderosos motivos de inclinación, llegaron a mi alma coadyuvantes elementos de naturaleza muy especial, que hacen rebozar de alegría el corazón. Por causas de todos conocidas, hace un tiempo yo empecé a relacionarme ligadoramente con integrantes de la U.J.C. Dije en otra ocasión: “Conocí entonces a jóvenes del partido que, a las pocas horas de salir de la Jefatura de Policía o de las Comisarías, reiniciaban su actividad política ostentando aún sus moretones, sus chichones, sus magulladuras sin aludir ni con una palabra a éstos, como si los sufrimientos padecidos no fuesen otra cosa que uno de los tantos servicios a su Partido” — y agregaba: “Yo, un viejo llorando, contemplé a muchachos y muchachas comunistas augustos en su dolor sin lágrimas ante los cadáveres de sus primeras víctimas: Liber, Susana, Hugo. Y los ví al día siguiente, más serios que nunca, más callados que nunca, seguir cumpliendo su militancia”, cumpliendo con altiva conciencia, señalo ahora, de la verdad tremenda que el viejo Augusto Rodin glorioso graba en estas palabras: “A los hombres no se les hace bien impunemente”.

Me fue dado percibir su afán, ya a sus pocos años, de interpretar los fenómenos de la realidad del Uruguay y del mundo, y, para ello, la insistencia en su preparación teórica, sin la cual la silente subjetividad aniquila al nacer los datos de la más directa de las experiencias. Y comprobé algo que, para mí, desde niño, en la vida de relación, ha sido tan decisivo como el pan: el cariño de hermanos entre muchachos de las oficinas, de los talleres, de las fábricas, de los más rudos trabajos artesanales y de los provenientes de ambientes privilegiados, con esos estudiantes lanzados a la acción política por sentir que el claustro no debe enclaustrar sino durante las horas de clase, haciendo coincidir así su conducta, tal vez sin saberlo la mayoría, con el responsabilizante pensamiento de Nietzsche: “De qué vale un libro que no sirve para transportarnos más allá de todos los libros?”.

Y no por la necesidad de servir escrupulosamente a su causa se agostaba en

ellos la verde lozanía de la edad, el ansia juvenil de expansiones. ¡Si lo sabré yo que en muchas oportunidades soporté —¡claro que resignado!— en mi casa, hasta la madrugada sus risas y sus, a veces, realmente muy hábiles rasgueos de guitarra y sus canciones! Pero todo esto supeditado a los reclamos de el deber. Como si constantemente les llegara una voz ilustre, la aleccionadora de Lamartine: “Viva la juventud... con tal de que no viva siempre”.

En efecto: mis amigos de la U.J.C., a quienes estaba queriendo yo como a mis hijos, avanzan en la vida dispuestos a alcanzar la madurez bien habilitados ya para ensanchar más y mejor su ámbito de acción política, no dejando a la naturaleza que obre por sí sola, y casi siempre con retardo, en hacer de quien llega a los cuarenta años cada vez menos el mozalbeta, o atropellado o indiferente, que se resista a dejar de ser.

Y me causaba nuevos asombros otra percepción igualmente conmovedora: la de cómo habían frenado, asimismo, esa aspiración, arrastrante en el joven —y por lo tanto tan disculpable— a situarse en planos de lucimiento, a protagonizar acciones importantes, bien desdeñoso, cuando es noble, de que su frente acaso pueda llegar a ser circundada por las espinas del martirio.

“... El alma en revolución
se convierte en revolucionaria...”

Viene justamente aquí lo que cierto personaje de Kazanzakis (y perdónenme tal borbotón de citas) advierte a un interlocutor: “No, tu no eres un revolucionario; tú eres un hombre en revolución”.

Observando a aquellos muchachos y muchachas yo comprobaba cuán rápidamente habían sorteado los efectos del violento encontronazo de los sueños idealizantes del adolescente con esta sociedad fea por sórdida, cruel por inhumana. Claro que el origen de la conciencia revolucionaria es, necesariamente, frente a la entronización de iniquidades, una muy intensísima sublevación del ánimo. Recordemos juntos, ustedes y yo, aquella alta noche en que, a solas don Quijote —a solas, ya sin Sancho— y con una vihuela que no era suya, canta “con voz ronquilla pero entonada”.

*Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio a las almas*

sin comprender que estaba dando razón a su locura; la locura, para los demasiado cuerdos —por cobardía o por sordidez—, de “empeñar su hacienda, dejar su regalo y, cayendo allá, despeñándose acá, levantándose acullá”, sostenerse animoso en su luchar contra todo lo negador de la vida. Y locura diferente, pero locura al fin, para el lúcido hombre de hoy, apenado si repara que la interposición de más de doscientos años no le concedió al *Señor de los tristes*, como lo llamó Darío, escuchar a Engels y escuchar a Marx, los tres sentados en el poyo del portal de una posada, él bebiéndoles las palabras. Ello fatalizaría que, en vez de trotar nada más que con su Sancho amigo, hubiera —bien, bien al tranco— ido atrayendo tras sí a los labradores y aldeanos y artesanos sin fortuna que bordeaban su camino, proclamándoles, ya que no, desdichadamen-

te, el Manifiesto Comunista, al menos lo que una noche, bajo las estrellas, dijo a un corro de cabreros en éxtasis: "Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque el oro, que en nuestra edad tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoran estas dos palabras de *tuyo* y de *mío*; eran en aquella edad las cosas comunes..." Agregándoles entonces a sus indigentes auditores, impulsado por su tan reciente, y por cierto, tan de primera mano incitación a aceptar el materialismo dialéctico, que si bien Edad de Oro no hubo nunca, contra viento y marea lo habrá pronto y para siempre.

*Suelen las fuerzas del amor
sacar de quicio a las almas*

¡Claro! ¡Sí! Hay raptos de desesperación en el alma noble al asomarse por las primeras veces al ámbito de su patria y al mundo. Pero cuanto mayor sea la potencia de los íntimos sacudimientos, mayor tiene que ser la urgencia en buscar apoyo. ¿Dónde? Sólo en la mayestática razón. Sólo así el alma en revolución se convierte en revolucionario, como lo comprendía el personaje del novelista griego. Y a la luz y bajo el señorío de la inteligencia es que, entonces, se adelantará sin miedos; hasta el holocausto, sí, pero siempre que él sea de efectivas resultancias.

Estos ensimismadores muchachos de la U.J.C. habíanse impuesto, como si fueran comunistas hechos y derechos ya, a su propia naturaleza, tan cargada a esa edad de impulsos de raíz poderosamente individualista. De ahí su optimismo combativo, la fe en su sacrificante ideología, su receptiva subordinación a esa removedora docencia estoica, sí, estoica (como podrían calificarla tal vez quienes saben de filosofías), ejercida celosamente por el Partido. Y de ahí en este país y en medio de las lamentaciones quejumbrosas, del escepticismo suficiente, del letal tedio gris de unos y de otros —a ojos vistas hoy cada vez en número menor—: en medio de tal atmósfera estéril y esterilizante; de ahí el implícito, jocundo reconocimiento de la suprema belleza de la Vida en su dejarse plasmar, ella, no importa que con sacrificios, por las ansias de los hombres solidarios, puros y valerosos.

Muchas veces, en casa, desde contigua habitación, yo escuchaba conmovido a cónclaves de ellos sentados en cuanto espacio libre deja mi escritorio. Y cierta noche que olvido, estuve, lo que nunca, aguardando ansioso a que se fueran porque, compañeros, ansiaba tomar de mi lugar de trabajo el viejo libro tan frecuentado a lo largo de mis años, no por la que fulgura allí en aspiraciones metafísicas sino por su rezumar tanto amor al hombre en la tierra y por lo que para el hombre reclama, a veces con atroz iracundia, de justicia social.

Al fin pude llegar allí. Retiré la Biblia y busqué en Amós, el profeta de hace ya veintiocho siglos:

"Oíd esto, vosotros los que estrujáis a los menesterosos y taláis a los pobres de la tierra.

"Diciendo: (Recién) cuando pasare el mes venderemos el trigo, y (recién)

después de pasada la semana abriremos (la venta) del pan; y achicaremos la medida, y aumentaremos el precio y falsearemos la medida medida.

“Y compraremos a los pobres por dinero y a los necesitados por un par de sandalias, y (hasta) venderemos los desechos del trigo.

Y, después, dí en Isaías, el Profeta sublime, también de hace dos mil ochocientos años, que clama:

“¡Ay de los que establecen leyes injustas y determinan tiranías!; por negar justicia a los pobres y quitar el derecho a los afligidos, por despojar a la viuda y robar al huérfano.

“¡Ay de los que juntan casa con casa y allegan heredad con heredad!”.

Y que promete, todavía convulso por la ira:

“(Los hombres) edificarán casas y morarán en ellas; plantarán viñas y comerán el fruto de ellas.

“No edificarán y otro morará; no plantarán y otro comerá”... “No trabajarán en vano ni parirán con miedo”.

Por esas ansias de una lisa y llana justicia social, en ocasiones de contenido metafísico; en otras, enteramente desnudas de religiosidad; por esos recónditos anhelos confluyentes desde rutas y desde tiempos diferentes es que, me decía yo, todavía tan jóvenes dedican alegremente altivos lo más puro, lo más bello de su existir, esta real flor de la edad, estos muchachos y muchachas comunistas. Y allí en mi cuarto de trabajo, flotante todavía el humo de sus cigarrillos, seguía pasando, pasando hojas; siglos, por consiguiente, hasta llegar al Jesús valeroso quién, al retomar la acallada con violencia concepción profética de la divinidad —un dios que sin clemencias, sin clemencias promete no perdonar la explotación del hombre por el hombre—, parejamente se hace vocero, y con qué violencia!, del casi milenario anhelo de frenéticos nabíes exigentes de una conmoción social hasta la raíz; anunciadores impositivos de una revolución que, después, en cada época de nuestro mundo occidental y cristiano, han ignorado millones y millones de inocentes cristianos en la miseria y, por eso, no la pudieron llevar a cabo. Y salteando los evangélicos pasajes que siempre se mencionan, me detenia en aquellos —imposibles de otra interpretación que la literal y terrible— donde no corresponde, por cierto, la imagen de infinita, beata mansedumbre con la que, ya va para dos mil años, se ha configurado al viril profetizador que murió en la cruz. Así, mis ojos me llevaron a resonar iracundamente en mis oídos: “Generación de víboras!..”, “Sepulcros blanqueados por fuera, y por dentro llenos de huesos y podredumbre...”, “Allí será el llorar y el crujir de dientes...”, “Ay de vosotros los que estáis hartos, porque tendreis hambre!”, “¡Ay, de vosotros los que reís, porque lamentareis y llorareis!”... Y esto todavía: “No penseis que he venido a meter paz en la tierra sino espada...”, “Porque he venido a poner la disensión al hijo contra el padre, a la hija contra la madre, a la nuera contra la suegra”. Y aún: “El que no tiene espada, venda la capa y cómprela...”.

Y llegaba a las páginas últimas, al *Apocalipsis*; allí donde San Juan el Teólogo revela cómo se le apareció Jesús: “... con ojos como llamas...”, “...en su boca una espada afilada de dos filos”, y donde revela la amenaza que le escuchó, de pelear “con la boca como espada..”, de “herir de muerte a sus hijos...”.

Ya asomándose el alba, en esto me embargaba yo al imaginar que cuando de la garganta de las muchachas y muchachos de la U.J.C. irrumpe *La Internacional* proletaria y sus con estrofas golpea en todos los tímpanos, muy bien pudieran despertar ecos de aspiraciones abortadas tan lejos en el espacio y en el tiempo, impulsando su vuelo hacia aquí y hacia esta hora, para concertarse con ella y otra vez flamear reclamantes en la voz de juveniles labios uruguayos.

Enternecido, acaso ya sonreía yo con una dicha que en modo alguno merecía, cuando, de pronto, me abrumó la desolación. Porque comenzó a aparecerseme cada vez con menos vaguedad, cada vez más reprochante, mi propia juventud tensa de amor, y consecuentemente —recuerden la canción de don Quijote—, azotada por ráfagas de desesperación y en absurdos ensueños de heroicos sacrificios inconducentes.

“Ya es tiempo de que se haga por los hombres algo más que amarlos”, rememoré que yo escribí hace ya casi cuatro décadas en *Sombras sobre la Tierra*. Sí, lo puse pero, aunque llorando, permanecí como atado desde atrás y por lazos invisibles. Ahora, ahora parecía surgir en la habitación, y responderme, otro de mis personajes —atado como yo y como el desdichado hormiguero humano que bulla en la novela—, inmóvil al borde y sin sus huellas del camino de la evolución que conduce a una sociedad igualitaria.

¿Cómo explica tal personaje su soportar el caínico sufrimiento de no liberarse de las cadenas de su partido tradicional? Dice: “Es que no se trata de abandonar vivos; se trata, en nosotros, de abandonar muertos, nuestros muertos...”

A lo que Barret habría advertido: “El amor no conserva, renueva y transfigura”.

“Un estudio agudísimo,
por muchos aspectos
sorprendente

Después, en altas horas de una noche así, idos igual que antes de mi casa mis muchachos comunistas, tratando de poner en orden las ideas que ellos me despiertan siempre, envuelto ya por esa soledad donde hasta el silencio se hace sensible, y en que suelen, de pronto, aparecer fatídicos fantasmas, fui llevado a ensinismarme en la meditación de lo que en tantos, tantos años había hecho yo de bien y no había hecho, cuando, intempestivamente, di en la creación literaria mía donde quedó mi corazón al desnudo. Y entonces, entonces recordé un estudio agudísimo, por muchos conceptos sorprendente, escrito al salir *Sombras sobre la Tierra* por un comunista de veinte y, tal vez algún año, a quien yo y la mayoría de la gente todavía no conocíamos. Ya habían aparecido, inusitadamente —pocas veces ocurrió esto aquí—, casi sin solución de continuidad, apreciaciones de doce o catorce figuras cimeras de las letras del país por su versación y su labor creadora: Carlos Reyles, Montiel Ballesteros, Alvaro y Gervasio Guillot Muñoz, Vaz Ferreira, Emilio Oribe, Juana de Ibarbourou, Fernán Silva Valdez, mi hermano Justino Zavala Muniz, a toda hora, como yo, de rodillas en los altares de la patria: amador enternecido como yo de los oscuros seres de la gleba santa, la realmente representativa, en sus defectos y en sus virtudes, del alma nacional cuya evolución sin desvíos pretendemos:

mestizos de indios (más abundantes de lo que se supone) pardos, negros y blancos; todos incultos y menesterosos, que tanto, tanto nos enseñaron para que nuestras almas y nuestros escritos resultaran un poco mejores de lo que nosotros por sí solos y con nuestra bastante bien asimilada cultura universal habríamos podido lograr. Y enjuiciaron la obra asimismo a las primeras semanas de su aparición, el Dr. Eduardo J. Couture, el D. Gustavo Gallinal y mi Lauro Ayestarán, a quien su bellissimo ensayo le costó el puesto de crítico en *El Bien Público*, por haber hecho elogios sin reticencias a obra tan inmoral en el concepto de la dirección.

Quedó, pues, *Sombras sobre la Tierra* bastante estudiada, desde las primeras semanas de su aparición, en su contenido moral, metafísico, psicológico, folklórico y costumbrista, poético, técnico. Pero extrañamente —y por causas muy repetidas en el arte aunque difíciles de explicar, y más sin tiempo, como ahora—, extrañamente, digo, un aspecto de la obra quedó sin siquiera ser rozado. Ni Vaz Ferreira, que me quería tanto, a nadie habló, ni en nuestras largas conversaciones sobre la novela a mí me habló nunca de esto. Y esto, esto, esto —complementado casi en seguida por otro marxista, el Dr. Enrique Centrón, con cuatro penetrantes ensayos— esto fue lo que, precisa y exclusivamente enfocó aquel hombre y comunista incipientes, hundiendo la sonda crítica hasta tocar la llaga viva de mi corazón.

Compartamos, compañeros, algunos párrafos de este estudio. Junto con el de Centrón, se mantiene solitario todavía hoy, a pesar de todo lo que honrándome con cariñosa exageración —yo jamás, en estas cosas, he perdido la cabeza—, se ha seguido escribiendo sobre mi novela.

“Yo soy un estafado Margarita” —ha dicho, en una hora, Juan Carlos a una prostituta.

“Y en esta queja del protagonista hay que buscar la clave para una ubicación del autor.

“A través de *Sombras sobre la Tierra* asistimos a la muerte de cada uno de los valores en que ha creído y ha sido educado el novelista. La familia, la tradición partidaria de su padre, el orgullo de la ciencia oficial administrada y distribuida por el Estado, todas sus creencias, caen al suelo ante el espectáculo de la injusticia social. El novelista ha sido estafado en su fe y en sus esperanzas. En la profundidad de su conciencia apuntan los gérmenes de superación. Pero, mientras tanto, resabios de sus viejas creencias gravitan en él. Así, junto a la poderosa reproducción de la realidad del *Bajo* que barre toda ilusión sobre la naturaleza de la sociedad en que vivimos, se alza el perfil desesperado de Juan Carlos, que grita inútilmente: “¿Qué hacer?”.

“*Sombras sobre la Tierra* se torna una pregunta hecha al novelista. O por el camino de Juan Carlos, hacia el suicidio, la caña o la religión. O por el triunfo y la comprensión del mundo doloroso que se pinta, hacia el marxismo y la revolución.

“Están los dos caminos, *Sombras sobre la Tierra* los contiene en una contradicción semejante a aquella que Lenin señalara en la profundidad de la obra de Tolstoy...”, etc., etc.

Y finaliza:

“Sólo un método y una clase pueden dar a Paco Espínola las herramientas

para salvar esa contradicción. Esa clase es el proletariado y su concepto de interpretación y transformación del mundo, el materialismo dialéctico.

“Los que nos hemos acercado con cariño a su obra, esperamos que Paco Espínola vea alzarse en la noche desesperada de Juan Carlos la estrella de cinco puntas, roja como la liberación”.

Camaradas: el jovencito comunista de aquel entonces —fines de 1933 o principios de 1934— es hoy el Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista uruguayo.

A él le digo, ahora:

—Arismendi, aunque demasiado, demasiado tarde, aquí estoy.

Carta a Vaz Ferreira

Colonia, 11 de febrero de 1935.

Sr. Carlos Vaz Ferreira.

Mi querido don Carlos: Aquí estoy, en el cuartel del 11 de Infantería, gozando de todas las comodidades que humanamente puede ofrecer esta gente. Supe que Ud. se quedó preocupado por esta mi primer salida, preocupación de la que se enteró todo Montevideo. Me ha vuelto Ud. a hacer un honor que me obligará a trabajar de firme, justificando en lo posible la confianza en mi depositada.

El día 28 de diciembre peleamos en el Paso de Morlán. Recién caíamos al paso, cuando los jefes gritaron "A las armas". Corrí para ir a formar la primera y única línea de combate. Recién me habían dado un remington desesperadamente viejo. A mi izquierda entró un joven profesor del Liceo de Mercedes, fino, cultísimo, valiente. Se inició el fuego. Nos llovían las balas. Mi primera bala no salió. Volví a cargar y a tirar. Idéntico resultado. Y me envolvían los endemoniados silbidos. Cargué de nuevo, rabioso. Y se atracó la bala de tal manera, que no hubo forma de hacerla mover. No tenía boqueta. El jefe se me acercó y me ordenó que me quedara inmóvil, en el suelo, para no hacer tanto blanco. Era imposible retroceder, pues detrás nuestro hervía un infierno de balas. Y allí me quedé, exactamente, una hora y cinco minutos. Hubo un momento en que el fuego nos llegó por la izquierda y la derecha, también. Creí que nos rodeaban. Pero nuestro fuego los obligó a restablecer su línea.

¿Qué se piensa cuando se está así, impotente en el suelo, sintiendo picar las balas alrededor, o pasar silbando "finito"? Poco. Y todo dentro de una terrible soledad. No hay madre, padre, mujer, querida. Eso se hunde en un abismo sin fondo. Exactamente, lo que experimentaba era una infinita melancolía. Aquella batallita, aquel trasto inútil...

Había puesto delante de mí el remington, para preservarme un poco la cara. Pero lo deslicé a un lado para no verlo, ya que eso me producía una sensación de comicidad que me desolaba. La muerte allí, en aquel lugar, se me aparecía de una manera difícil de expresar; tal, —valiéndome de la comparación más aproximada que encuentro— tal como lo que sentiría quien supiera que lo obligaban a no bañarse nunca más en la vida. Una desgracia así, achicante, miserable. Y solo, solo. Desgarrado. Frío. Algo de lo que yo había sentido (algo no, exactamente lo mismo) para la segunda crucifixión de Jesús. Qué tremenda intuición, don Carlos, ¿eh?. Se muere con un melancólico fastidio.

Pero continuemos. Veinte minutos antes de cesar el fuego, se me hizo ir a buscar quienes transportaran un herido grave que se estaba desangrando. Me arrastré hasta una cuadra, más o menos, del monte. Después, me incorporé, siempre con mi inútil armatoste. Y llegué ileso. Al llegar la noche terminó la pelea. Tratábamos de enviar los heridos en los autos hacia los pueblos cercanos. Los muertos quedaron en el campo. Y, de pronto, un espantoso y potente ¡Cuuaaac! como una carcajada inconcebiblemente burlona, resonó en la noche. Aun los acostumbrados a la vida de campo nos estremecimos. Era tan fuerte

que no parecía de zorro. "¡Se burlan de nosotros!", rugió uno. El enemigo, que se había retirado, ¿había vuelto y nos tendría rodeados? No, era un zorro. En mi vida olvidaré aquel grito. Un rato después, a pie, con nuestro jefe herido en un brazo, nos pusimos en marcha. Sin comer, entre espinas de la cruz y cardales que nos martirizaban, hicimos esa noche, dando vueltas, para despistar, siete leguas a pie. Marchamos toda la noche, con brevísimos descansos. Yo había dormido dos horas el viernes, en Montevideo. Dos en San José, el sábado por la mañana. En la madrugada del domingo, muertos de frío, dormimos un ratito en la carretera, dentro del auto descubierto, cuando veníamos para aquí. Después, ni un momento en todo el domingo y el lunes. En ese estado siete leguas a pie. En uno de los brevísimos descansos, cargado de cosas, puse el codo en la tierra y la cabeza sobre las manos para estar más cómodo. Y me quedé dormido. Esos segundos de sueño me fueron fatales. El descanso cansaba más, todavía. Cuando entramos a un monte, amanecido ya, me eché sobre el suelo y quedé como piedra. Ese día, martes, por la noche, volvimos a marchar a pie. En silencio. Sin pausas. Entre las malditas espinas de las que todavía, todos los días nos sacamos porción. Dormimos en un monte, durante el día. Cuando se estaba asando la comida, llegó un aeroplano, volando muy bajo. Nos consideramos perdidos. En seguida volvió a pasar. Nos echamos al suelo pensando que nos iba a bombardear. Pero siguió buscando en otros lugares del mundo. ¡No nos había visto! El resto del día pasó tranquilo. El miércoles se asó carne para dos días a fin de no hacer fuego tan seguido. Yo no comí cuando lo hicieron todos para no comer caliente aquella carne. Cuando lo quise hacer, estaba tan cuidadosamente arreglada con hojas y ramas para conservarla fresca y libre de moscar, que no me animé a pedir. El día miércoles pues, no comí. Esa noche marchamos. El jueves, la carne se había aqueresado. Preferí tomar mate. ¡Y qué mate! ¡La cebadura tenía que durar todo el día! Por la noche volvimos a marchar. Los compañeros que habían salido en busca de caballos regresaron con unos pocos que no alcanzaban ni para los viejos. A las 10 de la mañana del viernes, nos agarraron prisioneros.

Se sintieron unos tiros. Yo había podido conseguir, hacia un momento, un tarro de conservas de durazno que encargué a uno que tenía que pasar por una pulpería. Cuando oí los tiros, hundí mi cuchillo en la lata, me eché al suelo, detrás de un árbol e, indiferente a todo, me comí casi todo el contenido. Era viernes de mañana y no comía desde el mediodía del martes. Sin esos duraznos me hubiese muerto de debilidad. Porque no volví a comer hasta el sábado a mediodía.

Muchas cosas sobre sus ideas he pensado en estos días. Cada vez me parece usted más grande. Y este país más chico y menos digno de usted (1). Está Ud. condenado a morir como, por distinta causa, yo creí morir: con un melancólico fastidio; lo más horrible que puede acontecer a un ser humano. Debe de ser usted, sin duda, uno de los hombres más desdichados del mundo. Menos mal que el espíritu es indestructible e indestructibles son sus obras. Algún día, se irá a beber en la fuente que usted llenó abriéndose el pecho sin piedad. Y de esa falta de piedad consigo, chuparán piedad las generaciones venideras. Duro como el diamante, se dice. No, duro como el espíritu, hay que decir. Un abrazo fuerte de

Francisco Espínola (hijo)

Me mandaron al cuartel los Evangelios Apócrifos. Después se los pasaré. Hay un estudio muy erudito de González Blanco que me es muy útil. (1) Todavía estoy con él. Es de grandísima importancia la demostración de que el Evangelio de San Juan, es anterior a los otros. ¿Y la importancia que se da a Filón, de la que yo no tenía noticias?

Las ratas

Como dijimos en la Introducción, este cuento no es propiamente un cuento sino una página de memorias, la única de tal índole que escribió Paco. Es, creemos, una página excelente, de primerísima importancia para entender mejor el proceso que lo llevó a afiliarse a nuestro Partido.

“Dos o tres años después de publicada Sombras —declaró Paco en un reportaje—, una noche estaba solo, de espaldas, fumando, sin sueño, y de repente, ¡paf!, me di cuenta de que el germen de la novela, toda enterita, estaba en un recuerdo infantil que después escribí, Las ratas”. Mucho de verdad contienen, sin duda, estas palabras. En el niño que presencia con horror el crudelísimo ajusticiamiento de dos ratas enjauladas y seguidamente, ebrio de conmiseración, roba para un ensoñado ejército de ellas y luego, hecho ya un joven, regresa a su pueblo natal y se allega a cuevas de ratas que ahora son hombres, debe buscarse una de las claves del novelista treintañero que levanta un amoroso inventario de los seres-sombras del Bajo; y también del Paco setentón que, veintidós meses antes de morir, se alistó en el Partido que lucha frontalmente y a escala mundial —y con una teoría precisa y una praxis acorde con ella— contra los regímenes sociales que engendran, a manera de subproductos naturales, hombres como los que el joven que un día volviera a su pueblo pudo ver lo mismo que ratas.

Me veo, siendo muy niño, siguiendo una mañana hacia el fondo de la casona familiar a una criada que, entre aspavientos, portaba una gran caldera de agua hirviendo. El fondo era extenso. A un lado, estaba la caballeriza y el altillo para los forrajes, largos de varios metros. Al frente, las habitaciones de la

servidumbre y de los recogidos. Cuando la criada se detuvo frente a una trampa de alambre que encerraba dos ratas, el espanto estrujó mi corazón. Al vernos, ellas se debatieron contra las paredes de la jaula, arañando los alambres. Luego, se echaron con las cabecitas pegadas al suelo, jadeantes. Sus ojillos abiertos no querían mirar.

De pronto, profiriendo a gritos:

—¡Destroquen, ahora! ¡Traigan pestes, ahora! —la mujer alzó la caldera.

Un chorro quemante, un solo, breve chorro, cayó sobre las ratas, cuyos lomos humearon, despeinándose, y se encogieron entre ahogados chillidos. La maldita jaula se estremeció, se dio vuelta, rodó, saltó, despidiendo un pegajoso tufo a carne recocida. Como ositos se paraban en dos patas las infortunadas, rascando con las uñas los fatales alambres. Y caían. Y en botes de epilepsia se destrozaban los hocicos buscando salida. Inexorable, la criada dejó caer un nuevo chorro; esta vez prolongado, perseguidor. Sin voz de horror, yo permanecía inmóvil, con los ojos secos, vueltos vidrio. Entre el clamor ya desvaneciéndose, la jaula daba tumbos, crujía a influjo de las pequeñas garras urgidas. Y aparecían los dientecillos en las crispaciones del martirio.

—¡Destroquen, ahora! ¡Traigan pestes, ahora!

Hasta que una cayó encogiéndose en brusca crispatura y se estiró luego, imperceptiblemente. Entonces, enloquecida, la otra quiso guarecer la cabeza bajo el cuerpo inerte. Pero alcanzada otra vez por el agua, tocó el techo, de un brinco, rodó también, temblando, y quedó quieta.

Cayó todavía más agua, acabando con la tersura de aquellas pieles grises. La mujer se alejó sin mirarme. Yo... yo no había recibido todavía el golpe de saber que las oraciones aprendidas eran sólo para los humanos; que lo demás, las plantas, las bestias, la tierra toda quedaban fuera, en horroroso desamparo. Cuando pude salir de mi anonadamiento, me arrodillé, pues. Y elevé mis preces a Dios por las almas de las dos bestezuelas quemadas.

Momentáneamente, una dulce paz se posesionó de mí. Volví al patio. Entré en el cuarto donde mi madre yacía en cama, enferma. No sé por qué, guardé el secreto de la escena que acababa de presenciar. Ella extendió el brazo, y acarició mis mejillas. Estaba ojerosa y pálida. Bella como la que, allí mismo, rodeada de flores, me contemplaba desde su nicho, a la luz permanente de una veladora.

Mi madre me cantaba siempre la canción de un viejo arpista muy pobre, con varios niñitos, a quienes tenía muy poco qué darles de comer. Una noche de lobos en que llegó sin nada, al oír “¡Danos pan! ¡Tenemos hambre!”, desesperado, se puso a tañer el arpa. Ellos danzaban. Danzaban hasta caer, dormidos, a sus pies, para no abrir ya nunca más los ojos.

Bajo la mano de mi madre, el reciente martirio y la idea de los roedores que todavía vivían en sus cuevas del fondo volvieron a turbar mi corazón. Asocié la canción del viejo arpista con sus niños hambrientos.

—Mamá —dije, trepándome a la cama—, cántame lo de los niños.

Ella sonrió, melancólica. Me situó de manera que yo no tocara su vientre, y accedió con su cara junto a la mía. Pero su acento, ahora, evocaba para mí más que niños danzando hasta morir bajo los sones del arpa. Yo veía también ratas, muchas ratas, extenuándose hasta caer inanimadas...

De pronto, algo cálido cayó sobre mi mejilla. Alcé la cabeza. Estaba

llorando mi madre. Evocaba por su parte, sin duda, ahora lo comprendo, algo más que los hijos del arpista. Y derramaba lágrimas por dos niños, yo y el que iba a nacerle, que nos hundiríamos pronto en el incierto, hosco porvenir. Recién terminaba una guerra. El padre, herido, todavía no había llegado: en los fogones revolucionarios las brasas ardían, aún... Pero siguió con un acento triste como nunca, como jamás había cantado, mientras mi alma se iba sintiendo presa de un oscuro y poderoso infortunio que me fue estrechando cada vez más a ella, hasta que, de pronto, lanzó un gemido mi madre. Y una anciana negra, arrojado su cigarro a medio fumar, entró en el cuarto y me llevó afuera a pesar de las protestas.

En el patio, junto al pasillo de la puerta de calle, sobre una pequeña mesa, había siempre una bandeja con monedas para los mendigos que acudían diariamente. Al pasar junto a ella me asaltó una súbita idea que quise rechazar lleno de susto; pero que lenta y seguramente fue ganando mi voluntad. Se disimulaba entre otras, aparecía en parte, se desnudaba y se ocultaba enseguida, conducía mi imaginación hacia los estantes del vecino almacén y la tornaba presto, con sabrosas adquisiciones, hacia las negras cuevas de las ratas...

Desde ese momento, muchas veces me dirigía a la caballeriza, subía por la escalera hasta el vasto altillo, me tumbaba entre los fardos de pasto, y allí acariciaba la ensoñación, conmovido... ¡Ah! Era de noche, imaginaba yo, era de noche en una inmensa planicie solitaria. Me veía, a la luz de una luna pálida, con las manos desbordantes de exquisitas confituras. Y de todos los puntos del horizonte irrumpían, entonces, las ratas. Silencioso, sin sorpresa, multiplicándose en las sombras, avanzaba el pardo tendal como tibia marea de lava. Mis manos se abrían inagotables. Y los míseros roedores devoraban, junto con los dulces dones, mi ternura irresistible y desbordada. Lejos las trampas atridoras, las criadas crueles, los humeantes calderos. En la vasta planicie ellas y yo. Y la luna pálida. Y mi pasión, cuyo ardiente conjuro incorporaba en el vago horizonte más y más acercantes animalillos. Saltaban éstos entre mis piernas. Cogían en el aire los trozos de pan, de queso, de chauchas de algarrobo. Y en amplios movimientos mis brazos arrojábanlos en derredor a los lejanos. Luego, calladamente, bajo la luna pálida, ibanse retirando hacia detrás del confín. Y quedaba yo solo en la vasta planicie. Solo, grave y amoroso como un dios. Protegiendo el sueño de la confiada multitud maldita.

Pero pronto la realidad volvía. Y me asaltaba la desolación. Deambulaba sin sombra por la enorme casa. Yo, niño, entre las campanadas de las altas torres que me envolvían y envolvían el pueblo y seguían hacia los campos, desfallecía de angustioso amor. ¿Malditas las que roban, destrozan, contagian las pestes? ¿Trampas para ellas? ¿Muerte?... ¡Ah, Dios mío! Y me escurría entre las patas de los caballos, y trepaba al altillo a resonar con la planicie bajo la luna pálida.

Hasta que, para mantenerse, el ensueño empezó a exigir algo, aunque fuese un poco, de verdad. Se me aparecía de nuevo, insistente, la bandeja con monedas del patio. Y el almacén vecino, de sabrosas provisiones. Entonces, me ahogaba la congoja. Y la sensación del mundo subterráneo y desdichado de las ratas, infundiéndome infinita piedad, no era bastante para mover mi mano. Llegaba de abajo, de la cuadra, el sordo mascar de los caballos. Este rumor oscuro, paciente, se fundía al oscuro y paciente infortunio de las cuevas. Mi

alma, que después sabría de las cuevas desdichadas y oscuras y pacientes de los hombres, se agitaba en un desesperado delirio. El miedo a robar me rodeaba con barrotes de jaula. Hundía la cara entre el pasto seco, cuyo perfume traía también sus peculiares sensaciones de oscura resignación, de mansedumbre. Y lloraba. Cierta imagen desolada aparecía fatalmente. La de un hombre de piernas atadas por debajo del vientre de su cabalgadura, de manos atadas a la espalda, llevando en pos a una pareja de policías emponchados, que atravesó el pueblo cierta tarde de lluvia. Tan abatida iba su cabeza, que la hundía casi entre las negras barbas. Me veía atado yo, tan pequeño, a un enorme caballo, bajo la lluvia. Yo, en un peregrinaje sin descanso ni retorno, atadas las manos, atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, seguido de patibularios emponchados, cada vez más lejos, más lejos de mi madre...

Pero triunfó mi piedad. Y atravesé el patio. Y robé. Y compré. Y repartí entre mis invisibles amigos, echándoles dentro de las cuevas el botín de mis robos.

Pasaron los años. Dejé el pueblo por Montevideo. Pero me ahogaba. Regresé. Y mi corazón me fue arrastrando hacia las miserables cuevas de quienes suelen destrozar, llevar las pestes. Ahora, éstos eran hombres. ¡Ay, Dios mío!

